

Tània Juste

EL HOSPITAL DE LOS POBRES

EMBOLSILLO

«Si se suprimiera el hospital, cambiaría
el alma de Barcelona.»

DR. JOSEP CORNUDELLA

1892

La hermana tornera hacía esfuerzos para no sucumbir al sueño en el que iba cayendo despacio. Dos horas antes se había acomodado en la silla que, con sumo cuidado, había colocado muy cerca del torno, no fuera que le dejaran un bebé en su primera noche de guardia y ni siquiera se diera cuenta.

Al anochecer, una vez cerrado el portal del asilo que daba a la calle Ramelleres, la madre superiora se había acercado a ella para advertirle: nada de dormirse.

—Una cabezada y podrías perder de vista tu responsabilidad de esta noche.

La había mirado fijamente con esos ojos que tantas veces la amonestaron en su primer año en la Maternidad, aunque esta noche era distinto. Ahora sus ojos decían: «Confío en ti, ya estás preparada». De modo que, aun sabiendo que hasta las hermanas más experimentadas solían echar cabezaditas durante las noches de guardia, ella no pensaba arriesgarse. En adelante, se convertiría en la tornera más joven que había tenido la Casa de Maternidad.

Sin embargo, dos horas sin apenas moverse es mucho tiempo para una persona inquieta. Al principio estuvo paseando un poco, arriba y abajo, arriba y abajo; luego se quedó de pie, pegada al frío muro, y finalmente decidió acercar una silla al lado mismo del torno con el fin de descansar un poco y, al mismo tiempo, poder percibir cualquier ruido proveniente de la calle.

Debían de ser cerca de las tres de la madrugada cuando la hermana oyó unos pasos. Parecieron detenerse justo al otro lado del muro, que separaba el asilo de la calle Ramelleres. Nada más, solo silencio. A lo lejos, un perro que ladraba. Tal vez me lo he figurado, puede que los pasos viniesen de mi propio sueño, se dijo. Pero entonces oyó con claridad el roce de unas faldas. ¡Alguien sollozaba! Y en aquel preciso instante, estalló el llanto de un bebé. No había duda: su mirada se concentró en el torno por si empezaba a girar, pero de momento no se movía. Se levantó de la silla y pegó la oreja al muro tratando de adivinar lo que sucedía al otro lado. Una mujer lloraba y el bebé la secundaba con la misma angustia que un cachorro hambriento. La situación iba alargándose y la hermana tensó todo el cuerpo. Desde el primer llanto no había quitado el ojo del aparato giratorio encajado en el muro, esa especie de tambor donde todo parecía indicarle que estaban a punto de dejar un bebé. El torno giraría y la campanilla sonaría para avisar a las hermanas de que en la Casa de Maternidad habían dejado a un nuevo expósito, un niño sin padre ni madre que se hicieran cargo de él en este mundo. La hermana de guardia no vería a la madre en ningún momento, pues el muro las separaba. Solo el pobre retoño, otro hijo ilegítimo, quedaría a ojos de la hermana en cuanto la madre hiciera girar el tambor.

La hermana sabía que aquello sucedía a diario, que sus compañeras recogían a todas esas criaturas que llenaban las salas de lactancia y de desmamados del asilo, pero este era su primer bebé, el primero que le entregaban a ella y del cual debería encargarse hasta que, al día siguiente, pudiera informar a la madre superiora. Al fin el torno comenzó a moverse, poco a poco, indeciso aún. La hermana vio entonces esa carita congestionada de tanto llorar, las pequeñas manitas que se alzaban en un puño hacia el mismísimo cielo. ¡Apenas tenía unos pocos días ese cachorrillo! La

campanilla no llegó a sonar porque la hermana, sin pensárselo, alzó la voz por encima del muro para decir:

—¡Ya lo tengo! Que Dios se apiade de ti.

Se oyó un sollozo ahogado, otra vez el roce de faldas y luego los pasos que se alejaban para no volver.

La hermana cogió en brazos al bebé y lo introdujo en el asilo. En la sala de prevención encontró a la nodriza de turno, quien le quitó al niño de las manos. Con movimientos ágiles, lo liberó del manojito de ropas bastante limpias para ser las de un expósito y empezó a darle el jarabe. Las normas eran estrictas y por mucho que la criatura llorase, el ama de cría no podía acercárselo al pecho hasta que el doctor lo hubiese examinado.

Al primer asomo de luz del nuevo día llegó el capellán del asilo. Al ver al recién llegado, resopló y le preguntó de forma mecánica a la hermana si habían dejado alguna nota o pertenencia junto él.

—Una cajita de madera con una fotografía de un niño montado en un caballo de cartón dentro. También un papel donde pone «Lluís» —respondió la hermana, quien, a pesar de que el bebé había dormido plácidamente tras la toma del jarabe, no se había separado un solo instante de él.

El capellán asintió en silencio y entonces procedió a bautizar al nuevo nato:

—Lo llamaremos Lluís, tal como nos han dejado escrito —empezó.

Entonces repasó el santoral, buscando aquellos dos nombres suplementarios que le servirían al niño como apellidos. Se decidió por Amadeu y Julià, haciéndolos anotar en el libro de registros: el secretario escribió el número de orden, los nombres escogidos, el sexo y la hora de ingreso, así como la descripción de la ropa con la que lo habían entregado en el asilo. La cajita de madera con la foto de un chiquillo en su interior quedó guardada en un registro aparte.

La nodriza le dio entonces el pecho y el niño se agarró con fuerza, abriendo despacito esas manitas que antes habían sido dos puños. Su pecho subía y bajaba, subía y bajaba mientras succionaba el pezón del ama de cría con avidez, y la hermana no pudo más que sentir cierto orgullo, como si el hecho de que el bebé pareciese sano y comiese como era de esperar fuese, en cierto modo, gracias a su buen proceder. Con un movimiento distraído, le ajustó el sello de plomo que antes le había ceñido a la faja, una pequeña medalla con el año y el número de entrega que de ahora en adelante llevaría siempre encima.

1899

Antes de Navidad

El frío intenso de diciembre ya llevaba unos días haciéndose notar en las calles de Barcelona, aunque en casa del doctor Rovira más bien hacía calor. Su esposa, siempre delicada, un tanto enfermiza, insistía en mantener muy caldeadas las habitaciones. Darius Rovira a menudo se quejaba de ello y, disgustado, con frecuencia malhumorado, mandaba al servicio abrir un poco las ventanas para que el aire fresco de la calle corriera por todas partes. Sin embargo, aquel mes de diciembre el doctor callaba y aguantaba el tipo, puesto que la familia estaba de enhorabuena por el nacimiento de la pequeña.

Darius se había levantado a la hora de siempre, luego había empleado la mañana en revisar ciertas historias clínicas en su consultorio particular, pegado a la vivienda, y justo en ese momento terminaba de comer junto a su esposa Eulalia. Solo hacía un par de días que ella había retomado la costumbre de comer en la mesa del comedor, tras haber cumplido con obediencia los días reglamentarios de cama. El doctor se mantenía callado, pues de todos era sabido que al mediodía no le gustaba la charla. Además, leía el periódico. De vez en cuando lo dejaba a un lado y entonces le daba pequeños sorbos al café humeante que la sirvienta le preparaba solo en las tardes que tenía visita en el hospital. Darius Rovira aprovechaba el momento para lanzarle breves miradas a su esposa, a las que ella respondía con una sonrisa.

—Te encuentras bien, ¿verdad? —le preguntaba él, más bien como médico que como esposo, y acto seguido retomaba la lectura de su periódico.

Eulalia contemplaba el mantel blanco, la comida bien dispuesta, el cuenco de fruta todavía en la mesa. Ansiaba volver corriendo al lado de su pequeña recién nacida, ahora en manos de la nodriza, y seguir admirando esos mofletes rosados. ¡Qué bonita era! Pero en vez de ello se dedicaba a darle pequeños y sistemáticos sorbos a la infusión que tenía delante. Observaba lo poco que sobresalía de la cabeza de su esposo tras el periódico y, a ratos, perdía la mirada y la mente más allá del gran ventanal de la tribuna que, como una especie de palco privilegiado, daba a la rambla de Catalunya con esquina a la calle Valencia. Entonces, contaba los días que le faltaban para poder salir a pasear de nuevo.

En cuanto el reloj de pared anunció las dos y media, el doctor Rovira cerró su periódico y lo dejó bien doblado sobre la mesa. Se levantó y se alisó las posibles arrugas del traje; luego, se ajustó el cuello de la camisa con precisión. Se acercó a la silla donde todavía se hallaba sentada su esposa y le dio un leve y casi imperceptible beso en la frente. Eulalia cerró los ojos y suspiró. Darius le dijo, apremiante:

—Que Antonio prepare el carruaje.

Mientras Eulalia hacía sonar la campanilla para avisar al cochero, el doctor Rovira se dirigió a su dormitorio, el de una sola cama, junto al que había compartido hasta entonces con su esposa y al que había hecho trasladar sus cosas a raíz del nacimiento de su hija. Abrió la puerta del armario para mirarse al espejo de cuerpo entero y estudió su aspecto antes de irse a trabajar. En el Hospital de la Santa Creu, donde Darius Rovira era médico numerario desde hacía años, a excepción de ciertas salas de enfermos distinguidos, —los únicos que podían costearse la estancia

y disfrutar de ese modo de un trato preferente—, la práctica totalidad de las camas estaban ocupadas por pacientes pobres, indigentes, prostitutas y miserables de todo tipo, que siempre acarreaban una historia triste y desgraciada con ellos; hombres, mujeres y niños que, al menos durante su estancia en el hospital, comerían caliente. A menudo, con el simple hecho de alimentarlos y sacarles toda la suciedad acumulada, los piojos y la sarna, ya regresaban a casa en un estado infinitamente mejor. No obstante, volvían a recaer al poco tiempo, en cuanto volvían a la fábrica mal ventilada, al agujero insalubre en el que habitaban o, en definitiva, a la vida que no era vida, sino más bien pura supervivencia para ciertas capas de la sociedad. El doctor Rovira, aun tratando con esa inmundicia de gente que algunas tardes a la semana lo esperaba en el hospital, gimiendo y estremeciéndose de terror ante el desfilar de los médicos y hermanas hospitalarias, tenía por norma no descuidar su aspecto, siempre impecable, puesto que esta era su manera de ser, su carta de presentación en los mejores círculos y, asimismo, en los peores de la sociedad. Frente al espejo, se regocijó unos instantes con la imagen que este le devolvía: un hombre alto, de facciones angulosas que le conferían un perfil noble; la barba siempre bien recortada; los hombros anchos, pero no demasiado; pelo negro y reluciente que, peinado hacia atrás, le daba un aire elegante y sumamente atractivo. A ojos de todo el mundo, Darius Rovira era el médico más apuesto de toda Barcelona, y él era por completo consciente de ello. Se ajustó el nudo de la corbata igual que si fuera a recibir a la dama más rica de todas las que lo visitaban en su consultorio privado y a continuación salió al pasillo. Superó los escasos metros hasta el cuarto de los niños, donde sabía que encontraría a su hijo mayor, Llorenç, a punto de comenzar la lección de la tarde con el maestro Ripoll. Al año siguiente, el chico entraría en los Jesuitas de Sarrià,

como todos los hijos de buena casa de Barcelona, y el padre estaría pendiente de que el niño pusiese todo su empeño para, llegado el día, convertirse en un médico tan conocido y respetado como él.

Abrió la puerta con discreción, con el fin de observar lo que dentro se llevaba a cabo, y entonces vio al pequeño Llorenç recibir un libro con ilustraciones de manos de su maestro. Iban a empezar la lectura y, a pesar de que a Darius le gustaba comprobar las buenas aptitudes que ya se vislumbraban en el pequeño, no deseaba llegar tarde al hospital.

—Me voy —dijo, en vez de «buenas tardes», abriendo un poco más la puerta. Al maestro ya lo había visto por la mañana, aunque a Llorenç todavía no. Al niño lo mandaban a comer a la cocina y tenía instrucciones de moverse en silencio por el piso, no fuera que despertase a su hermanita recién nacida. Cuando Llorenç vio a su padre, levantó los ojos de la ilustración y se lo quedó mirando, sin apenas moverse de la silla. El maestro le dio un discreto empujoncito conminándolo a levantarse. El niño se acercó entonces a su padre y le besó la mano. Darius se quedó un instante observándolo y luego dirigió la mirada hacia el maestro Ripoll. Con un gesto leve de aprobación, dio por terminada su incursión en el cuarto infantil y se marchó. De camino hacia el recibidor, todavía tuvo que superar la habitación donde la nodriza cuidaba de la pequeña Aurora, pero si bien pensó en detenerse un momento a admirar a su preciosidad, esa maravilla de niña que había sabido hacer, pronto lo descartó: detestaba llegar tarde. Eulalia lo esperaba en la puerta, con el abrigo en una mano y en la otra el sombrero de copa. Tan solo los señores doctores de Barcelona y una clase superior de caballeros lucían ese sombrero en la ciudad. Se puso el abrigo y tomó su sombrero después, y lo ajustó a su cabeza con movimientos precisos. Se abrochó nada más que los dos

botones superiores del abrigo y tomó su bastón de empuñadura dorada antes de despedirse de su esposa con un gesto rápido y fugaz. Salió.

Apenas un tramo de escaleras separaba el piso de los Rovira de la calle. Allí encontró a Antonio, el cochero, montado en su carruaje y con las bridas bien tirantes en el morro del caballo negro. El animal, una yegua de buena raza adquirida hacía poco, era el símbolo inequívoco del buen gusto de su propietario. El carruaje inició la marcha calle abajo, mientras Darius Rovira se dedicaba a observar el trajín de gente que se movía por todos lados. En el centro de la rambla de Catalunya, las campesinas, con sus oscuros pañuelos en la cabeza, habían llenado la mitad de la acera con los ejemplares más vistosos de gallos, gallinas y pollos, todos ellos bien alineados. Los tenían encima de un fino lecho de paja mientras los primeros clientes de la tarde se paseaban con ojo crítico y exigente en busca de la pieza más adecuada para la cena de Navidad. Faltan pocos días, se dijo el doctor con cierto disgusto, pues las fiestas de Navidad lo aburrían soberanamente. La casa entera se le llenaba de toda la parentela de Eulalia: las tías, las sobrinas, casi todas mujeres que invadían su espacio con su charlatanería femenina y fútil. La única tarde apreciada de todas las fiestas por el señor de la casa era la de San Esteban, porque era la única en que se les unía el doctor Robert. El maestro a quien Darius le debía todo lo que poseía acudía a su casa acompañado de sus hijas, ejerciendo así de buen padrino de Eulalia, y aguantaba con mucha más paciencia que él toda esa algarabía de parientas que acudían al banquete.

Siguiendo su descenso por las calles camino del hospital de la Santa Creu, el doctor Rovira iba contemplando lo mismo de cada miércoles por la tarde: las criadas con su delantal blanco y sus cestos colgando del brazo moviéndose de un lado a otro, las niñeras cargando con criaturas

en brazos o bien paseándolas dentro de su cochecito, un hormiguero de mozos que vestían su típica bata gris o marrón, vendedores ambulantes de todo tipo y, en medio de todo aquello, algunos caballeros que clavaban su bastón en los adoquines y se dirigían, con toda probabilidad, a algún lugar importante. Los chiquillos saltaban de un sitio a otro, cruzando peligrosamente la calle por delante mismo de los carruajes o jugando a correr a su lado, tan cerca de las ruedas que Darius podía oír a menudo a Antonio lanzarles severas reprimendas. Una vez superada la plaza de Catalunya, pronto aparecieron las floristas, con sus puestos repletos de verde y de colores, sentadas ellas a la espera del cliente de la tarde, que no tardaría en aparecer. A la derecha, un poco más abajo de la calle del Hospital, se intuía el trajín diario del mercado de la Boquería, un mercado flanqueado por las bestias muertas expuestas en primera línea, colgando del cuello, que muchos comercios colocaban como reclamo para la clientela. Justo en el instante en que Antonio fustigó al caballo para desviarse hacia la calle del Hospital, a Darius se le apareció una imagen nítida por la ventana: multitud de marineros procedentes del puerto caminaban sin rumbo fijo, con su aspecto sucio y deplorable, a punto para adentrarse por el entramado de calles estrechas a derecha e izquierda de las Ramblas. Lo había leído en el periódico, la gente lo comentaba ya. El doctor hizo una mueca de disgusto al ver con sus propios ojos a esos *repatriados* de la guerra de Cuba que ya habían llegado a su ciudad. ¿Cómo demonios vamos a atenderlos, si ya no queda una sola cama libre en la Santa Creu? El viejo edificio de la calle del Hospital, que desde hacía siglos atendía a los pobres de la ciudad, de ningún modo podría dar abasto con tanta miseria si no hacían algo para ampliarlo o bien trasladaban a sus enfermos a otro lugar mejor.

En el patio de la Santa Creu, los estudiantes de medicina conversaban entretenidos mientras esperaban la llegada del doctor. Un grupo más atrevido de chicos se había acercado a unas modistas que, al cruzar el patio de camino al trabajo, accedieron gustosas a sus bromas. Ellas hablaban ahora con los estudiantes sin aparente prisa ni temor por llegar tarde al trabajo. Ellos sacaban pecho y se daban aires delante de ellas, como si ya fueran doctores licenciados; entonces, ellas se susurraban cosas al oído y estallaban en sonoras carcajadas. El juego encendía las esperanzas de los chicos, aunque la fiesta siempre terminaba del mismo modo cuando el bedel del hospital hacía sonar la campanilla y anunciaba la llegada del doctor:

—¡El señor doctor Rovira! —gritó aquella tarde a pleno pulmón.

Entonces, como siempre, las modistas se volvieron invisibles. Los estudiantes concentrados en el patio de la Santa Creu las dejaron ahí para acercarse al pie de la escalinata de piedra que daba acceso al ala de poniente. Allí recibieron al señor doctor y subieron tras él hacia el departamento de mujeres de medicina general. El doctor Rovira pasaría visita a sus enfermas de la gran sala de Santa Eulalia y la treintena de alumnos trataría de ubicarse en la mejor posición para seguir lo más cerca posible cada movimiento y explicación del maestro. Darius Rovira subió por la escalinata poco a poco, demorándose un instante a cada paso, pues no había nada que le produjera más placer que alargar ese momento de la tarde. Sentía las miradas de los jóvenes alumnos sobre la espalda, intuía en sus pupilas ese brillo de admiración, ese profundo respeto hacia su figura. Ser médico numerario del Hospital de la Santa Creu era motivo de orgullo para cualquier miembro de la profesión. No había médico con tal distinción de cuyo consultorio particular no colgara una placa que diera fe de tan estimado honor. Pese a los años ya transcurridos,

Darius Rovira seguía recordando ese patio del hospital como el lugar donde decidió convertirse en médico: recién llegado del pueblo, el patio de la Santa Creu fue escenario de numerosas tardes en que, sentado cerca de la majestuosa columna salomónica coronada con el símbolo que daba nombre al hospital, asistía a la llegada de las grandes eminencias médicas del momento. Eran sus años de bachiller, en los que, a excepción de Mateu Borrell, un infeliz de su mismo pueblo, apenas conocía a nadie en la ciudad. Hacía muy poco que se había quedado huérfano a raíz de la epidemia de cólera que arrasó pueblos y ciudades. Con el poco dinero que heredó de sus padres y un poderoso afán de convertirse en alguien importante, había decidido instalarse en Barcelona. Las modestas condiciones en las que vivió durante esos primeros tiempos formaban parte de los aspectos que Darius había borrado de su pasado, como al mismo Mateu Borrell, un crápula, a fin de cuentas, que nada bueno podía ofrecerle y del que se deshizo bien pronto, como hizo con todo lo conocido hasta entonces.

El joven Darius, a diferencia de Mateu, era un claro aspirante a ser alguien importante. Se pagó los estudios de medicina con el dinero heredado de sus padres y un trabajo temporal de vigilante. Durante esos primeros años, sentado a menudo en un banco del patio del hospital que todo el mundo cruzaba para ir al trabajo, empezó a dibujar su futuro. Cada vez que aparecía un señor doctor, todo el mundo corría, el gentío se apresuraba hacia él, todos sentían tanta devoción por él que aquello deslumbró a Darius. No le costó, por consiguiente, llegar a la conclusión de que, si quería llegar a ser alguien en la ciudad, si deseaba formar parte de esa clase social infranqueable, de ese tipo superior de hombres a los que por aquel entonces no tenía acceso, el camino era, sin duda alguna, convertirse en doctor.

Los estudiantes subieron por el ala de poniente en respetuoso silencio, apenas roto por el leve murmullo de algún atrevido. Al llegar arriba, la comitiva se encaminó hacia las camas de las enfermas de la gran sala de Santa Eulalia, avanzando por el pasillo central que separaba las dos hileras a cada lado, bajo los enormes arcos de piedra que formaban el techo de ese espacio de dolor y enfermedad. Demasiadas camas, se lamentaba siempre Darius a medida que se acercaba a sus pacientes. El viejo caserón no era apto para absorber el volumen de miseria y enfermedad de una ciudad que había crecido sin medida en el último siglo. Todos sabían que había que hallar una solución, pero a duras penas había dinero para asumir la situación actual.

Encontró a una de las hermanas hospitalarias junto a la primera paciente que debía visitar. A su lado estaba el médico adjunto, un licenciado aventajado que había entrado bajo la tutela del doctor. La hermana sostenía una palmatoria que alumbraba un poco más la zona. Darius se le acercó y, con un leve movimiento de cabeza, dio por saludado a su ayudante. Le dijo:

—Proceda.

Y este le presentó el caso de la enferma que yacía aterrada bajo las sábanas.

—Mujer de cuarenta y seis años, ingresada de madrugada con falta visible de aire y con caminar dificultoso. Una vez realizada la primera exploración en el dispensario, se le ha detectado cierta hinchazón en las piernas y el abdomen. Posible diagnóstico —apuntó el ayudante con suma prudencia—, insuficiencia mitral.

El médico adjunto añadió alguna que otra precisión a su relato mientras los ojos de los estudiantes saltaban de su figura al maestro y del maestro a la paciente. Darius Rovira se apoyaba con una mano en el cabezal de la cama mientras escuchaba en silencio a su ayudante, al mismo

tiempo que le echaba un vistazo general a la paciente. Su mirada era penetrante, analítica, tan minuciosa como fría y desprovista de todo afecto. Empezó entonces la exploración del cuerpo, asistido en todo momento por la hermana que daba luz a cada parte que el doctor quería observar y palpar. Sus manos detectaron enseguida la hinchazón del hígado y, por medio de la técnica de la percusión, acabó de confirmarlo. Usando su estetoscopio, informó a los presentes del pulso rápido e irregular de la paciente y afirmó, sin ningún asomo de duda, la existencia de un soplo cardíaco.

—Insuficiencia mitral —expresó Darius ante el auditorio de alumnos, corroborando así el diagnóstico que antes había apuntado el médico adjunto. Este, como es lógico, no pudo más que dejar ver su satisfacción por haber acertado. Sabía que uno solo lograba mantenerse al lado del ilustre mentor gracias a una trayectoria impecable.

Darius Rovira dio las indicaciones necesarias para el tratamiento de dicha paciente y le encargó al farmacéutico un preparado de digital que ayudaría a disminuir su frecuencia cardíaca. Además, le harían una sangría de doce onzas con el fin de extraer la sangre necesaria de la paciente y aplicarían ventosas en las piernas y el abdomen, así como sanguijuelas, un método bastante reciente que contribuía a sacar líquido del cuerpo en un caso como aquel.

A continuación, pasaron a la siguiente cama, un caso inequívoco de bronquitis con síntomas de fiebre alta, tos con mucosidad, falta de aire y un buen listado de carencias propias del lugar donde la enferma debía de vivir y trabajar. Al paso del doctor por cada cama, la hermana hospitalaria le alumbraba y, en ciertas ocasiones, también reprendía a la paciente si esta se ponía demasiado nerviosa y no dejaba actuar al señor doctor. Darius las observaba, palpaba esos cuerpos con movimientos precisos y bien estudiados; sus silencios indicaban que estaba pensando,

valorando, antes de emitir su diagnóstico. Nadie podía negar que el doctor Rovira era un buen clínico, a pesar de la poca empatía que demostraba para con sus enfermas. Su buen aspecto imponía, hablaba de higiene, de pulcritud, de clase alta y buen gusto a unas miserables que en nada se asemejaban a las elegantes damas de su consultorio privado. Su trato también era muy distinto: mientras que a sus pacientes distinguidas las exploraba con grandes miramientos, a las que ocupaban sus camas de la Santa Creu las palpaba y auscultaba sin previa preparación del terreno. A veces les formulaba alguna pregunta, y si la paciente divagaba más de la cuenta, Darius cortaba su explicación por encontrarla del todo irrelevante.

—El tiempo del señor doctor es tan corto como precioso —susurraba la hermana al oído de la paciente—; sé breve y responde solo a lo que te pide.

Si el punto fuerte de un cirujano tenía que ser, por fuerza, la precisión en la mano, en el médico internista destacaba su ojo clínico, la capacidad de ver aquello que otros, a simple vista, no podían ver.

La visita del doctor Rovira tenía fama de rápida y breve entre los estudiantes. Una vez finalizada, todos se concentraron de nuevo en el patio del hospital para intercambiar impresiones. Las clases en la facultad daban la teoría necesaria, pero no existía nada mejor para los aspirantes a médico que el sabor que dejaban las lecciones clínicas en el hospital. Allí se acercaban más que en ningún otro sitio a lo que querían ser en unos años, y sus elocuentes comentarios acerca de los que les enseñaban el oficio se encendían. Reunidos de nuevo alrededor de la cruz barroca, sin las modistas por distracción, los estudiantes empezaron a hacer comentarios acerca de la elegancia de Darius Rovira. Siempre había alguien que quedaba deslumbrado por sus zapatos bien lustrados, por el perfecto nudo de su corbata, por ese aire de distinción

que no todos los médicos ilustres poseían. No obstante, pronto había otros que se encargaban de quitarle importancia a todo esto, pues pensaban que el aspecto físico era irrelevante para llegar a ser un buen clínico. De todos modos, cuando se hablaba del doctor Rovira, la conversación siempre desembocaba en lo que le dio mayor fama: ser uno de los discípulos favoritos del doctor Robert. A nadie se le escapaba que estaba casado con su ahijada y que tal vez esto había influido en su escalada al poder, pero no todos pensaban de ese modo.

—Posee un ojo clínico incuestionable —discutió uno ese día.

A lo que otro rebatió:

—Pero es demasiado frío, demasiado distante con las pacientes.

Muchos fueron los que le dieron la razón, puesto que este era un rasgo innegable del doctor Rovira. La cuestión era si aquello era relevante o no a la hora de ser un buen médico.

—Yo prefiero la humanidad de los grandes médicos de la historia, como en el caso del doctor Robert —sentenció un muchacho de ojos vivaces, por lo general poco hablador.

—Todo el mundo dice que el doctor Robert sigue atendiendo en su consultorio privado a los pobres que trató por el cólera. Cuentan que sigue cobrándoles lo mismo de siempre, o sea, casi nada.

—Seguro que no es el caso del doctor Rovira —apuntó uno de los más incisivos.

Todos rieron, pues era un secreto a voces que en su consultorio particular atendía a las damas más ricas de la ciudad. Se rumoreaba que Darius Rovira ganaba tanto dinero que pronto superaría en fortuna a su esposa, aunque eso era solo un decir, ya que la ciudad entera sabía que el doctor estaba casado con una de las mujeres más adineradas de la sociedad.